

COCA, COQUERAS Y COCALEROS

ETNOGRAFÍA ILÍCITA DE LA VIDA CAMPESINA EN LA MACARENA

NICOLÁS ESPINOSA

SOCIÓLOGO UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

CANDIDATO A MASTER DE CIENCIA POLÍTICA. 2004

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA, ESPAÑA

PROFESOR UNIVERSIDADES DE CALDAS Y DE ANTIOQUIA

yarumales@hotmail.com.

RESUMEN

El artículo expone la forma como se configura el cultivo de la coca como práctica social en las comunidades campesinas de La Macarena, al suroriente del país. A partir de un trabajo de campo realizado a lo largo de varios años y un particular ejercicio etnográfico en medio de un cultivo de coca donde se recogió y procesó la hoja, se adelantan una serie de reflexiones desde las cuales se discute el papel del Estado colombiano, que ante un problema de características sociales ofrece un tratamiento delictivo. En el artículo se ofrecen una serie de elementos contextuales para contribuir a fundamentar el argumento mencionado anteriormente: los llamados “cultivos ilícitos” son un problema social que involucra campesinos, no delincuentes.

Palabras clave: coca, cultivos ilícitos, colonización, campesinos, fumigaciones, guerrilla.

ABSTRACT

COCA, COQUERAS AND COCALEROS

ILLICIT ETHNOGRAPHY OF THE RURAL LIFE IN THE MACARENA

The article exposes the way in which the coca crop is configured as a social practice in the rural communities of The Macarena, in Southeastern Colombia. Starting from field work carried out for several years and a particular ethnographic exercise amid a coca crop where the leaf was collected and processed. A series of reflections are elaborated, discussing the role of the Colombian State, that regarding a problem of

social characteristics, it offers a criminal treatment. This article offers a series of contextual elements that can contribute to the consolidation of the aforementioned argument: the so-called “illicit crops” are a social problem that involves farmers, non criminals.

Key words: coca, illicit crops, colonization, farmers, fumigations, guerrilla.

PRESENTACIÓN

El siguiente artículo, un informe etnográfico que trabaja la racionalidad campesina frente a la coca y la respuesta que se recibe desde el Estado colombiano, es fruto de una serie de observaciones realizadas sobre el terreno en el municipio de La Macarena, Meta; región que desde el año 1998 he visitado periódicamente en el marco de un sostenido trabajo de campo con el que aspiro a comprender las distintas prácticas sociales que allí suceden: la organización política, la resolución de conflictos y la configuración regional. Los lazos de confianza construidos con campesinos de la región y el reconocimiento a mi labor investigativa me han permitido vivir de primera mano una serie de situaciones que, al compartirlas al mundo académico, cumplen el principal objetivo de mi trabajo y que justifica ante las comunidades dicho ejercicio: llevar más allá de los límites regionales otras visiones y versiones de lo que en La Macarena sucede, distintas al discurso oficial, en aras de redundar de una u otra forma en un desarrollo más acorde y consecuente de las políticas sociales, discursos e imaginarios que sobre la región amazónica se implementan.

La Sierra de La Macarena es una región al suroriente colombiano (amazonía occidental) que comprende varios municipios donde convergen, a la par de los más diversos ecosistemas andinos (los llanos orinocenses, el páramo y la selva amazónica), los más representativos conflictos políticos, económicos y sociales del país, entre ellos la presencia de cultivos de coca. Cabe recordar que varios municipios de esta región, incluida el área donde realicé el trabajo de campo, son lugares históricos y estratégicos para la guerrilla de las FARC, por lo que fueron escenario de la zona desmilitarizada, “zona de despeje”, donde se llevaron a cabo los fracasados diálogos entre el gobierno de

A. Pastrana y esta guerrilla. Durante el tiempo que tomó la desmilitarización (Octubre 1998, Febrero 2002) realicé parte del trabajo de campo sobre el que a continuación elaboro el análisis aquí presente.

Este trabajo fue realizado entre los años 2001 y 2002, posteriores viajes en el 2003, 2004 y 2005 me sirvieron para comprender la evolución de los hechos que había seguido desde años atrás. Con el fin del despeje retornó al casco urbano la fuerza pública, movilizar los insumos (cemento, gasolina, agroquímicos) hacía las veredas es más complicado por cuanto hay que hacer alarde de inventiva para saltar los controles y añadir al orden de la inversión el soborno a los policías que controlan los puertos. El acoso a los campesinos es habitual, la movilización de gasolina en grandes cantidades todo un problema y los precios más y más altos, sin que el valor pagado por kilo haya observado aumentos considerables. Cada vez se gana menos con la coca, y son más los campesinos que esperan encontrar alguna solución para dejar dicho cultivo, incluso aquellos, que con “muchacha” coca antes se sentían cómodos ahora buscan, o mejor: esperan que la alternativa les sea ofrecida.

Tras el despeje, con el arribo de la fuerza pública llegaron también las fumigaciones indiscriminadas. El debate sobre si se debe o no fumigar parques ha sido intenso desde el año 2004, cuando el gobierno anunció que fumigaría áreas “afectadas” de los parques naturales, pero no se ha hecho público que eso ya se hace: sin importar que sea la ribera derecha o izquierda del área consagrada como parque natural, el parque de La Macarena y el parque Tinigua han sido fumigados. ¿Existe algún plan de erradicación manual o de sustitución? Nadie conoce.

Al momento de dar por terminado este artículo una nota de prensa, publicada el 17 de junio en el diario El Tiempo daba cuenta que “solamente el anuncio hace más de un mes por parte del Gobierno de iniciar las operaciones en los parques naturales, provocó un desplazamiento de 10 familias de La Sierra, al casco urbano del municipio de La Macarena en el Meta. Así lo confirmó la mandataria de esa población, Yelitza Murcia, quien dijo que ante la posibili-

dad de que empiece a “llover glifosato”, algunos pobladores salieron temerosos de sus fincas. Y es que de acuerdo con los datos satelitales del Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (Simci), en esa reserva natural, en el sur de Meta, hay 2.707 hectáreas de coca”¹ .

El presente artículo, como mencioné, trata de una experiencia etnográfica con una familia campesina que trabajó una temporada en un cultivo de coca que le fue encargado, describiendo la modalidad de cultivo que bajo ese “encargo” se entiende como la “administración de una coquera”. A partir de esta narración construyo una argumentación que se nutre en buena parte de varias entrevistas a campesinos (algunas de las cuales realicé con el antropólogo Daniel Ruiz) contextualizadas con algunos trabajos académicos pertinentes para el presente artículo y contrastadas con las posiciones oficiales que desde el Estado se han hecho públicas. Lo anterior en aras de discutir acerca de los fenómenos a que dan lugar la adopción y adaptación de un cultivo que, aunque no es cualquier cultivo (pues no produce comida, no es de pancoger y es ilegal, entre otras características), es asumido, por los campesinos, como cualquier otro cultivo... La campesinización de los colonos (pues el tiempo de los colonos, a pesar de ser un lugar común, ya fue superado), la pérdida del carácter netamente extractivo de esta producción, el señalamiento como “criminales” y ciertas manifestaciones de la variedad de problemas y dificultades por las que atraviesan los campesinos para tener que cultivar coca, son abordados en este texto, que se divide en dos partes: la descripción etnográfica y el análisis mencionado a que da lugar.

La conclusión del artículo, a decir verdad, no es nada original y puede no decir cosas nuevas: los campesinos son campesinos, no criminales, por lo tanto los cultivos ilícitos merecen una atención social de parte del Estado, no represiva. Es así que, quizá, este artículo ofrezca más y mejores elementos de juicio para argumentar lo anterior y sirva para demostrar que el problema del que se habla trata en el fondo de la vida y condiciones de los campesinos

¹Véase la versión electrónica: http://eltiempo.terra.com.co/judi/2005-06-17/ARTICULO-WEB-_NOTA_INTE-RIOR-2110767.html

de nuestro país y que al hablar de ellos, y fumigarlos como ningún Estado del mundo hace con sus ciudadanos, estamos hablando precisamente de ellos como ciudadanos, no como delincuentes.

Finalmente cabe anotar que los nombres de los campesinos y veredas han sido cambiados, no se precisan fechas exactas y que si bien el título hace referencia a una “etnografía ilícita” lo es en cuanto el trabajo etnográfico realizado, que tiene dentro de sus estrategias involucrarse en la dinámica social que pretende estudiar, y dado que la dinámica descrita a continuación está proscrita por la ley, no sería de extrañar estuviese señalada en ella (Ley 30 de 1986).

ANTECEDENTES

No fueron tanto los conocimientos académicos que sobre el tema de la coca empezaba a cultivar, sino cierta experiencia relacionada a varias jornadas de “raspa” (cogida de coca) en las que pude participar, haciendo las veces del más inexperto de los “raspachines”, lo que sirvió para que, entrando el mes de Julio de 2001, un amigo de La Macarena, don Arcesio, me pidiera formal colaboración para ayudarlo a llevar a cabo “la raspa”, en un “cambuyón”² que administraba hacía un par de años. Necesitaba de mis servicios como ayudante, pues las labores de la finca lo tenían agobiado y requería de una persona de confianza en ese puesto. La invitación me sorprendió porque a pesar de que conocía las lides del trabajo con la coca, mi experiencia en dicho proceso era bastante limitada y más bien se reducía al inventario del anecdotario personal.

Una de las primeras advertencias que recibí al llegar por primera vez a La Macarena en 1998 fue que los campesinos son gente bastante reservada con la coca y que a los recién llegados no siempre les cuentan sobre sus cultivos,

²Así se le llama a las precarias instalaciones donde los campesinos procesan la pasta base de coca. Los cocales o cocaleras cuentan con una construcción de estas, sin paredes y construida en madera que por lo general se encuentran ubicados entre la selva y cerca a la coca. El cambuyón sirve como escenario para el procesamiento de la hoja, la cocina y sitio donde los trabajadores guindan sus hamacas y donde los dueños o administradores del plantío cuentan con alguna habitación. Siempre están cerca de alguna fuente de agua, bien sea una quebrada, río o pozo, pero eso sí: alejados de las casas de los campesinos y caminos veredales. Excepcionalmente las casas hacen las veces de cambuyones.

y que mucho menos se los muestran. Con la prevención encima, las advertencias del caso para no pecar de imprudente y habiéndome instalado como profesor de escuela rural, un campesino me invitó a conocer su casa. Salí con los niños de la escuela, pasamos un largo trecho en medio de selva y luego salimos a un claro con unas matas que supe eran de coca por los comentarios que me hicieron unos niños sobre las variedades de matas que tenía el cultivo en cuestión. “¿Si mira profe que ‘la peruana’ se parece mucho a ‘la amarga?’”. Al pasar el cocal nos metimos en medio de una platanera y tras esquivar vacas briosas y alambrados de púas llegamos a la casa de Lucho, uno de los fundadores de la vereda y pioneros en eso de la coca en la región.

Meses después, y ya entrados en confianza Lucho me invitó a conocer mejor su finca. Caminamos por varios cocales a los que pasó revista. Una siguiente oportunidad fui de nuevo a su casa y de camino lo encontré trabajando en el cambuyón mientras varios de sus trabajadores estaban descansando de la jornada de la mañana. El cambuyón, como cualquier otro, contaba con un enorme cajón de madera donde se pica la hoja de coca con guadaña, un caballete (mejor conocido como burro) donde se ubican las canecas metálicas con que se trabaja la hoja y el resto de enseres necesarios. Ese mismo día acordamos que, una vez concluidas las clases, podría ir a ayudarlo en una raspa.

Semana y media, a finales de noviembre de 1998, fueron suficientes para conocer las actividades de la raspa y concluir con todos los trabajadores que mi fuerte y futuro en el negocio no estaba en raspar coca y que de pronto mis servicios de algo podrían servir como ayudante en un cambuyón. Un raspachin raspa en promedio de 6 a 10 arrobas de hoja por día, en tanto que yo si apenas raspaba dos arrobas en el día.

Esta historia la conoció meses después don Arcesio, otro habitante de la región quien me solicitó ayuda para trabajar en su cambuyón. Pero no fue precisamente el tipo de invitación que se hace al profano para que conozca aspectos típicos y exóticos de la región, como ocurrió con Lucho, sino la petición de un favor, casi personal, para trabajar (en todo el sentido de la palabra) en uno más de los oficios que por estas tierras existe.

La experiencia en el cambuyón de don Arcesio es el punto de partida para ofrecer una serie de reflexiones y análisis que he logrado desentrañar durante mi estadía en La Macarena. Al escribir este trabajo queda la sensación de que si bien sobre los “cultivos ilícitos” no son muchas las cosas nuevas que puedan decirse, lo triste del asunto es que sobre esta realidad, desde que empezó a ser vista como un serio problema nacional, tiende a agravarse exponencialmente. Pero si bien considero que no hay muchas cosas novedosas para decir ello se deba quizá a que tampoco sean nuevas las condiciones que propician y sostienen los “ilícitos” cultivos de subsistencia como una actividad “legítima” de mínima subsistencia para los miles de campesinos que la siembran porque, al no tener más alternativa tienen que sembrarla. Y en ello radica lo absurdo del asunto: el debate público, y rescatando lo poco público que aún le queda a pesar de los señalamientos (donde se ha vuelto común que desde instancias gubernamentales se descalifiquen las críticas, y los críticos de la fumigación como “cómplices del narcotráfico”), tiende a demostrar que la solución del problema pasa por una atención integral del Estado, pues éste, antes que ofrecer soluciones reales, materializa su política en fumigaciones indiscriminadas y sin ningún acervo científico riguroso que demuestre la inocuidad del veneno en los seres humanos³, sumadas a la criminalización del movimiento social,

³El 22 de abril de 2005 el Gobierno colombiano hizo público el siguiente boletín de la Cancillería: “Los resultados de un estudio independiente elaborado por la OEA/CICAD revelan que el uso del herbicida glifosato no afecta la salud humana ni el entorno ambiental”. El informe “Estudio de los efectos del programa de Erradicación de Cultivos Ilícitos mediante la aspersión aérea con el herbicida Glifosato (PECIG) y de los cultivos ilícitos en la salud humana y en el medio ambiente” del CICAD (Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas), división de la Organización de Estados Americanos (OEA) encontró una fuerte reacción en el medio científico nacional, pues expertos de la Universidad Nacional, adscritos al Instituto de Estudios Ambientales, IDEA, descalifican la veracidad del estudio dado que éste “presenta deficiencias en la manera como está estructurado, dado que carece del orden deseado en este tipo de documentos científicos. Adolece de un hilo conductor que, partiendo de la definición clara de los problemas a evaluar y de las hipótesis de partida, presente los procedimientos utilizados (metodología), los resultados encontrados y la discusión final de los mismos. Tales ítems se encuentran mezclados a lo largo del texto, dificultando su lectura”. Véase: http://www.idea.unal.edu.co/public/docs/Observ_IDEA_a_doc_CICAD.pdf

El Director del Instituto de Estudios Ambientales, IDEA, en una columna publicada en el periódico El Tiempo del 18 de mayo compartía y fundamentaba sus críticas con un público más amplio diciendo que “los autores del estudio de la OEA no tomaron muestras ni analizaron mínimamente los efectos del glifosato sobre los bosques aledaños a los ilícitos; no evaluaron los daños a los cultivos lícitos; no midieron la erosión que se desencadena cuando las plantas mueren y la cobertura vegetal desaparece de la superficie de los terrenos; no analizaron la muerte de animales domésticos ni realizaron estudios directos sobre la salud de los campesinos, niños, mujeres, indígenas afectados con las fumigaciones. Entonces, ¿cómo se atreven a concluir que los daños ambientales son leves y que este herbicida no tiene efectos sobre la salud o que sus riesgos son mínimos?”. Véase la versión publicada en internet: http://eltiempo.terra.com.co/educ/UNPERIODICO/2005-05-22/ARTICULO-WEB-_NOTA_INTERIOR-2073168.html

que repercute directamente en la agudización del conflicto social y armado.

PRIMERA PARTE: “LAS COQUERAS”

Si algo caracteriza a la región amazónica son sus atardeceres multicolores. La tarde de junio escondía el sol tras la Sierra y el entorno tomaba color naranja, rojo y violeta, y qué mejor lugar para disfrutar del momento que el habitual baño en el río Guayabero. Oscurecía y junto a los niños de la familia donde me quedaba aquellos días decidimos dejar de nadar para protegernos de los zancudos en la casa. don Arcesio y doña Beatriz discutían a luz de vela, en voz baja, en la cocina. Miraban insistentemente hacía mi hamaca y me preguntaba qué se traían entre manos. Ya vestido, doña Beatriz me ofreció una taza de aguadepanela, don Arcesio me llamó y me preguntó qué iba a hacer yo la próxima semana; le comenté que tenía planeado ir de visita por la vereda. Entonces preguntó si podía ir a ayudarlo en el cambuyón de las coqueras pues no había encontrado un ayudante para su trabajo y tenía que estar pendiente del ganado y de la finca durante la raspa. La visita a la vereda podría aplazarse pero mi sorpresa ante tal invitación, que más bien se presentó como una propuesta de trabajo, me causó mucha gracia y un enorme honor. Acepté con mucho agrado y aunque me preocupaba no dar la talla para el esfuerzo físico que requieren estas actividades, me figuré que esta experiencia me permitiría lograr cierto nivel de confianza con raspachines de la región y hacerle el seguimiento a una raspa desde dentro, como un trabajador más. Ya inmiscuido en ella fui conciente que no sólo prestaba una colaboración a don Arcesio sino que era el momento perfecto para avanzar en mi trabajo de grado, pues tendría un escenario perfecto para realizar una observación participativa y me convertiría, según esa pesada jerga metodológica, en “sujeto-objeto” de la investigación.

Las coqueras, como tradicionalmente se llama al cultivo son un tajo de coca de cuatro hectáreas que se encuentra en una vereda vecina, y que por problemas muy poco claros quien había sembrado las matas las dejó a su suerte, pues salió apresuradamente de la región. No se supo bien por qué este per-

sonaje abandonó La Macarena: si fue por alguna deuda, problema familiar o algún llamado de atención de la guerrilla que se tradujese en amenaza. Lo cierto del caso es que la dueña del terreno donde estaban sembradas las matas recurrió a la guerrilla para informarle que el señor a quien le había rentado el terreno para sembrar las matas se había ido, por lo tanto quería saber si podía disponer de la coca en contraprestación al alquiler no pagado; la guerrilla, quien sin afirmar nada dejó entrever que el señor en cuestión tenía alguna deuda pendiente con ellos, no aceptó la petición de la dueña de la tierra y el comandante de área determinó que la mitad de la coca podría pasar a manos de la señora pero que la otra mitad debía ser administrada por alguien más, y que ese alguien más debía pagar a la guerrilla un porcentaje de lo que se produjese en cada raspa.

Durante mi trabajo he realizado un compendio de casos relativos a la resolución de conflictos en los que la guerrilla interviene⁴; he analizado algunas de las características de la economía regional (en especial el papel de la coca) y éste ha sido el único caso donde encontré que la guerrilla cobraba un impuesto directo a la producción, quizá por lo sui generis de la situación y porque la diversificación de las finanzas de la guerrilla no escatima posibles fuentes de financiación. La guerrilla decidió no tomar bajo su potestad las matas y por lo tanto pidió a la señora que fuese ella quien contactase a alguien para que administrara las matas, por un tiempo que no se definió pero que terminó para don Arcesio un año más tarde y para el usufructo de la guerrilla al terminar el despeje en febrero de 2002, pues una vez finalizada la negociación y el estatus de la región como área desmilitarizada la guerrilla mandó razón a la señora dueña del terreno que podía tomar posesión de todo el cultivo.

Comenté antes que la dueña de la tierra tomó para sí la mitad del cultivo y

⁴Véase “Caminando el despeje”, de Daniel RUIZ y Nicolás ESPINOSA. Revista Análisis Político. IEPRI, Bogotá. No. 44, sep.-dic. 2001. “Entre la justicia guerrillera y la justicia campesina. ¿un nuevo modelo de justicia comunitaria? La Macarena, Meta, Un Estudio De Caso”, publicado en la Revista Colombiana De Sociología No. 20. 2003. Y a “A la otra orilla del río” Lla relacion de los campesinos y la guerrilla en La Macarena, monografía para optar al título de sociólogo. (mimeo), 2003. Biblioteca Universidad Nacional, Centro de Documentación Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

para la otra mitad buscó a don Arcesio para que las administrara: encargarse de su mantenimiento, sostenimiento, cuidado, raspa, procesamiento, comercialización y pago de la renta a un miliciano que frecuentaba la región. Fue un domingo de mercado cuando don Arcesio fue contactado en el pueblo por lo dueña; le contó la historia del cultivo y esa semana fueron a visitar la coquera. Me contaron de sus planes pero no me invitaron a ir con ellos pues, por tratarse de una negociación, no era conveniente que extraños estuviesen presentes. Estando allí, en la coquera, don Arcesio y doña Beatriz arreglaron con el miliciano (razón de más para no haber sido invitado, pues en la relación con la guerrilla los campesinos son muy celosos ante cualquier persona fuera del núcleo familiar) las condiciones de la administración y la forma de pago. Por tratarse de un cultivo totalmente abandonado, enrastrojado a más no poder, invadido por la selva y con un cambuyón a medio construir, acordaron que las ganancias de la primera raspa no serían divididas. Desde la segunda raspa don Arcesio y doña Bárbara tendrían que entregar el equivalente a un kilo de pasta base de coca mientras que el resto de lo que produjeran sería para ellos.

A satisfacción de las partes la dueña de la tierra, la guerrilla y don Arcesio, decidieron llevar a cabo el negocio y el fin de semana siguiente se hicieron las compras y preparativos necesarios para ir a trabajar una semana a limpiar el cocal, es decir, desyerbarlo. En el pueblo adquirieron los enseres necesarios no sólo para el trabajo sino para la estadía: hamacas, colchonetas, ollas, vajilla, bombas para fumigar, machetes, comida, etc. Contrataron de palabra a unos muchachos que se ofrecieron a jornalear en la limpia, sintiéndose muy afortunado don Arcesio puesto que la mano de obra en Macarena y la región circundante es bastante escasa por los controles de la guerrilla, y amén de escasa es muy selectiva, pues muchos prefieren trabajar raspando coca que jornaleando ya que lo ganado en una raspa duplica, e incluso triplica el valor de un jornal. En términos marxistas podría decirse que la economía regional no cuenta con un ejército industrial de reserva que haga barata la mano de obra, por lo que la guerrilla intenta controlar esta situación imponiendo, no salarios mínimos, sino pagos máximos autorizados para la arroba de hoja cogida en una raspa y para los jornales, pues el precio de ambas actividades (por la falta

de mano de obra ya señalada) se incrementaba a precios impagables por la masa de pequeños productores.

Quien pague más de lo estipulado se arriesga a tener que pagar costosas multas, o perder el derecho de tener coca. Por lo tanto, a fin de pagar más de lo permitido y atraer mano de obra para las faenas necesarias varios campesinos han ideado ingeniosas fórmulas de incentivos y pagos “extralegales”. Pero, en definitiva, el cultivo de la coca ha encarecido toda actividad laboral: recoger maíz, arrear ganado, limpiar potreros, socolar, tumbar, etc., se tiene que pagar a un precio equivalente al trabajo con la coca, teniendo en cuenta que ni el maíz o el ganado llegan siquiera a ser equivalentes en sus ganancias a lo que garantiza la coca, que es sin duda el motor de la economía regional. Pero estaba contando los preparativos para el trabajo en las coqueras. Una vez palabreados los trabajadores, y comprados los enseres, un día domingo se cargó todo en la canoa y esa misma tarde, ya en la casa, se alistó el viaje para el día siguiente. A ese paseo fui cordialmente invitado; salimos rayando el alba. El camino a las coqueras atravesaba sendos potreros rodeados de selva y estrechos caminos embarrados, oscuros y tupidos, habitados por una y mil especies de loros, micos, hormigas y pájaros. El viaje a las coqueras, que a paso normal se encuentran a dos horas y media desde la casa, duró, arriando caballos, llevando maletas y cuidando la carga, cuatro horas. Llegamos a las 9:30 a.m. y sin dar mucha espera Don Arcesio, un hijo de él, los tres muchachos que contrataron y yo, cogimos sendos machetes y empezamos la faena: desenrastrar la coquera. don Arcesio realizó para mí una sucinta explicación de cómo debía hacerse el trabajo; me dirigió y corrigió toda la jornada: agarre el machete así, corte el rastrojo en diagonal, cuidado con los palos... Agachados, con el sol a la espalda, tirando el machete muy bajo para cortar toda la maleza de raíz y con sumo cuidado para no cortar accidentalmente una mata de coca, trazamos un recorrido para iniciar un trabajo que, calculaba doña Beatriz, tomaría cuatro días. Las ampollas de mis manos me dejaron trabajar sólo un día.

Ese mes de enero dejaron limpia las coqueras de toda maleza, lista para abo-

nar y con la infraestructura preparada para la primera raspa, que se haría en marzo. Viajé de nuevo a continuar mis estudios en la Universidad y cuando volví, en junio, estaban a punto de realizar la segunda raspa. Por el bajo margen de ganancias, el negocio no les había resultado tan bueno como esperaban pero desde entonces, hasta el día que dejaron de administrar estos cultivos, el trabajo sirvió para sostener en gran parte a la familia.

La raspa de este mes coincidió con unas lluvias muy fuertes que habían hecho crecer enormemente el río Guayabero; el amenazante caudal ya había inundado varios potreros de la finca. Por tal razón decidieron en la casa llevar el ganado a la finca que tienen al otro lado del río para así protegerlo mientras pasaba la época de lluvias. La coca tenía que ser raspada prontamente porque sino las matas, en su ciclo natural, empezaría a botar las hojas. Doña Beatriz tomó cartas en el asunto: la hija mayor, Yeni, iría al cambuyón a encargarse de la cocina; Carlos, de 14 años, estaría pendiente de la raspa y de los trabajadores; mientras que don Arcesio repartiría su tiempo entre la cogida del ganado y transporte al otro lado del río y el trabajo en el cambuyón. Doña Beatriz estaría en la casa con los niños pequeños ayudando con el embarque del ganado. Por lo tanto necesitaban de un ayudante en el cambuyón y doña Beatriz gentilmente recomendó mi nombre ante don Arcesio.

DE SOCIÓLOGO A QUIMICO

Con una amiga sicoanalista, quien también fue profesora en la vereda, y a quien todos en la región llaman “la profe”, almorzábamos tras regresar del pueblo el domingo, en casa de doña Beatriz. En la tarde partiría hacía el cambuyón a fin de cumplir el cometido que me había sido encargado. “La profe” viajó conmigo en esta oportunidad a pasar una temporada de vacaciones y con ella hablaba sobre nuestros años escolares y la cantidad de cosas que aprendimos y ahora no recordábamos. Sute, un niño de 8 años, ponía mucha atención a nuestra conversación. Le comentaba a “la profe” que yo fui buen estudiante de química y que me gustaba mucho meterme al laboratorio de mi colegio. Sute interrumpió la conversación y preguntó si yo sabía algo de química. Le conté que ya había olvidado muchas cosas. Luego preguntó cuánta

coca teníamos en mi colegio. “Nada, en mi colegio no teníamos coca, ¿por qué preguntas eso?” –le dije. “Entonces por qué dice que sabía de química si no tenían coca?”–respondió.

Comprendí. En estas tierras laboratorio es el cambuyón donde los campesinos trabajan la hoja de coca y producen pasta base. Químico es la persona que se encarga del proceso; por lo general son los dueños del cultivo pero en ocasiones hay personas con “muy buena mano” que tienen la habilidad de producir más. “Quimiquiar” es el proceso de extracción de la pasta base. Y aprender la química, que hace muchos años era un misterio total⁵, hoy la aprenden adultos o niños mirando a sus padres o al químico de turno mientras éste realiza el proceso.

En la tarde, una vez escampó un poco y con el río a escasos metro y medio de salirse del cauce salimos para el cambuyón. Con las maletas al hombro llegamos allí los cuatro raspachines contratados: Yeni y sus dos niños de cuatro y cinco años; Carlos, con tres perros y dos gallos finos (de pelea, y que un año más tarde gracias a las atenciones y entrenamiento recibido ganarían sendos combates) con los que Yeni carga para todo lado, un precario radio de pilas, la comida en una bestia; y yo.

El cambuyón, ubicado al extremo derecho del cocal, tiene siete metros por quince, está cubierto por oxidadas tejas de zinc; solo la cocina y dos cuartos tienen paredes, mientras que el resto de la construcción está descubierta. Al extremo izquierdo cuenta con dos habitaciones, una que se puede cerrar con candado y donde duermen los de la casa y guardan los materiales entre raspa y raspa. La cocina no es más sino un lavadero junto a una ventana y una mesa de tierra cuadrada de 1.50 m. donde se construyó el fogón. Hay un pequeño cuarto sin entablar ni techar donde dos raspachines colgaron sus hamacas, y en toda la mitad, un espacio donde se encuentra la mesa y un par de tablas para sentarse al lado del cajón donde se pica la hoja de coca, amarré la mía.

⁵Véase los relatos trabajados por Alfredo MOLANO en “Selva adentro”. El Ancora Editores. Bogotá, 1997.

El cajón, entablado y con paredes en tabla de 30 cm. se lleva un tercio del tamaño del cambuyón. Junto a éste se encuentra “el burro”, dos paralelos de madera de 7 metros de largo, a un metro del piso, donde se colocan las canecas metálicas que sirven para remojar la hoja de coca en gasolina. La gasolina, el cemento y los precursores químicos se trajeron previamente, desde el río, en bestias, trabajo que les tomó a don Arcesio y Carlos toda una tarde.

El cambuyón no tiene una fuente de agua natural cercana, por lo que el abastecimiento de ella se hace mediante un profundo pozo que en el verano toca ampliar frecuentemente. La noche aunque oscura no es nada silenciosa: millones de chicharras rumban en toda la selva y es posible sentir los pasos de animales grandes que merodean la coquera y el trasegar de los micos nocturnos. El único alerta ante los ruidos del monte era yo; todo ese jolgorio selvático no mereció ni un gruñido de parte de los tres perros, profundamente dormidos y ya acostumbrados a tanto ruido.

A las cinco de la mañana, despertados por los gallos, empezamos la jornada. A pesar de ser una zona cálida las mañanas siempre son frías; un poco de neblina no deja ver si la mañana será soleada o hará lluvia. Al levantarse, los raspachines se acercan a la cocina para tomar tinto, desguindan sus hamacas, guardan sus pertenencias en las maletas y salen a raspar. Yeni se levantó a las 5:30 y comenzó a hacer el desayuno. Los raspachines llevan consigo lonas para allí guardar las hojas recolectadas, algunos “bongos”, que son lonas abiertas y cocidas entre sí que se ponen en el piso junto a las matas para que las hojas que se van arrancando caigan allí. Agachados, los raspachines meten la planta, que no pasa del metro de altura, entre sus piernas y con sus dedos, llenos de callos “raspan” la hoja cuidándose de no arrancar los tallos de la mata y no correr el riesgo de ser regañados por el químico y ser considerados “cochinos”. La mayoría de raspachines amarran en sus dedos tiras de toldillo para protegerlos, aunque los expertos en estas artes no requieren su uso.

Carlos iba con ellos. Por ser hijo del patrón se convirtió en jefe del grupo y uno de los dos “rayadores de tajo”. El otro rayador, Ferleín, es un veterano

raspachín bastante respetado por todos. Rayar el tajo significa trazar líneas imaginarias sobre las cuales los raspachines deben trabajar sin salirse de unos límites previamente impuestos, de esta manera evitan que cualquier raspachín tome ventajas y se adelante escogiendo para sí las mejores matas: aquellas tupidas, medianas y que tienen menos rastrojo a sus lados. Nunca falta el raspachín que se “enmarrana”, es decir, que escoge un número de buenas matas y raspa las de los lados poniéndole límites a su “marrana”; así ningún raspachín puede entrar allí a raspar las 10 ó 15 matas que alguien enmarranó.

Los raspachines llegan con la primera tanda de hoja antes del desayuno. Al llegar, Carlos pesó cada una de sus lonas en una romana y tomó nota en un cuaderno sobre la cantidad raspada. Como había llovido un poco al amanecer, y las hojas estaban mojadas, a cada raspachín (a criterio del Químico) se le descuenta un par de libras, equivalentes al agua que las hojas traen consigo, por arroba. A las ocho pasadas los raspachines vacían sus lonas en el cajón; previamente Carlos, por ser hijo del dueño y responsable mientras llega don Arcesio, toma los datos de cada uno y hace los descuentos respectivos por el agua en las hojas. Entre los raspachines compiten y apuestan entre sí para ver quién consigue traer más hojas, es decir, “echarle hojas a los demás”. Carlos por ejemplo raspó 20 libras, Ferleín una arroba y media, mientras los demás entre 15 libras y una arroba de hojas. Por estos días la guerrilla había fijado en \$3.000 (US\$ 1.30) el precio máximo de arroba de hoja cogida. Dependiendo de la experiencia del raspachín se pueden raspar entre 6 y 10 arrobas en un día. Claro que esto depende también de la calidad del cultivo, lo limpio que esté y el clima que acompañe la raspa. El verano es la peor época ya que seca las matas y no permite trabajar varias horas al día, por lo que muchos raspachines deciden trabajar de noche con luz de luna.

Los muchachos, luego de desayunar, se alistan para seguir con la raspa y preparan en un galón guarapo para llevar al tajo. Este oficio se lo reparten en cada tanda: antes del desayuno, después de éste y después del almuerzo. Siempre hay panelas disponibles pues éstas son responsabilidad del patrón. Me pidieron el favor de partir dos panelas y meterlas dentro del galón; mien-

tras hacía esto leí atentamente la raída etiqueta que este envase aún tenía pegada: “Tordone: fungicida. Altamente tóxico. Destruyase el envase una vez usado”. Miré hacia la mesa e hice la advertencia del caso. Nadie me hizo caso y Yeni me sugirió dejar de ser tan quisquilloso, a la vez que Carlos me pidió fuera más ágil con la introducción de las panelas en el galón porque estaban de afán.

Don Arcesio recién llega y en este momento inicio mi labor. Con las hojas sobre el cajón, unas 6 arrobas, se inicia la picada de éstas. En primer lugar las distribuí a patadas entre el cajón, luego don Arcesio con la guadaña empezó a picarlas, labor que le toma poco más de 5 minutos. Luego viene la “salada” de la hoja, es decir, mezclarla con la cantidad debida de cemento y agua. Esta nueva tanda de patadas se vuelve un poco más complicada pues la hoja picada se va compactando. Luego se pica nuevamente con la guadaña para permitir que el cemento se mezcle mejor y se humedece nuevamente la hoja. Una vez humedecida a punto, es decir: cuando toma cierta consistencia “parecida a la mierda de vaca a medio secar”, me explicaba don Arcesio, se empieza a bailar la hoja, es decir, a pisarla y restregarla contra el suelo. Se le echa agua nuevamente, se pisa y restriega de un lado para el otro durante un muy buen rato hasta que adquiere un color café. La hoja se recoge en la mitad del cajón, nuevamente a patadas, con una pala y una tabla. Allí se llena una tina para subirla a las canecas metálicas. Las canecas se llenan hasta un poco más de la mitad con hoja y luego se les cubre con gasolina. Un par de tambores plásticos de gasolina contiene toda la que se va a usar durante la raspa. Encaramado en el burro le echo la gasolina a las canecas. Una vez llenas las canecas se toma un palo y se bate hasta que quede suelta la hoja entre la gasolina. La gasolina toma color verde y no hace sino botar los gases producto de la evaporación. El olor dulzón invade el ambiente y me tiene mareado todo el día pues la ropa, el pelo y la piel se impregnan con su olor.

Las canecas tienen la tapa en el fondo y ésta se abre para vaciar la gasolina en otra caneca donde se “guarapea” la gasolina; un cedazo se pone a manera de coladera para no dejar pasar las impurezas que trae consigo. Una vez

recogida la gasolina se incorpora en esta caneca agua con ácido sulfúrico, a relación de 0.5 mililitros de H_2SO_4 por cada litro de agua. Se usa un litro de agua por cada arroba de hoja trabajada. Don Arcesio me pidió el favor de realizar la mezcla del ácido con el agua. Recuerdo que en mi colegio se hacía bajo estrictas medidas de seguridad: tapabocas, batas, guantes, etc., mientras una rígida profesora manipulaba el ácido en asépticos instrumentos de vidrio. En este caso extraía el ácido sulfúrico de un recipiente de cloro para ropa y tomaba la medida en la tapa de este jarro. Sólo necesitaba de mi pulso para echar el ácido en el agua. Eso sí, alejado de la gasolina para evitar una chispa o explosión, ya que al agregar H_2SO_4 en agua la reacción química hace que ésta se caliente y en ocasiones levanta algunas chispas. En tanto mezclaba el ácido con el agua tomaba un poco de guarapo del galón de Tordone.

Una vez revuelta la gasolina con la mezcla del agua se toma un palo al que se le ha pegado un círculo plástico agujereado de unos 30 cm de diámetro y con el cual se bate la gasolina, es decir, se guarapea: de arriba abajo y de abajo arriba con un ritmo constante durante unos 15 minutos. Al finalizar, el agua se va para el fondo y la gasolina, menos pesada, se mantiene arriba. Nuevamente se saca la gasolina y las hojas ya trabajadas se remojan otra vez, procedimiento que se conoce como relave. A toda caneca con hojas se le hacen tres relaves usando la gasolina que se va guarapiando hasta que ésta desaparece por efecto de la evaporación o manos de un inexperto ayudante que, como en mi caso, deja caer un par de galones de gasolina al piso.

Luego de los tres relaves la hoja procesada se bota y la gasolina se guarda para trabajar las siguientes hojas que se raspen. El agua con el ácido sulfúrico, sustancia esencial con la que se trabaja posteriormente, se recogió con sumo cuidado para evitar cualquier impureza que pudiera comprometer la calidad de la pasta base producida. En una relación al ojo de cada químico se le agrega amoniaco para “cortar el guarapo”. Al agregarle el amoniaco a esa agua amarilla, se desprende una masa blanca a manera de queso. Cuando se le echa amoniaco y no desprende más de ese “queso”, todo lo blanco se recoge en una tela especial, se exprime y se pone a secar al sol. Una harina amarillenta y que

huele a mil demonios es el producto final: la pasta base de coca, la “merca” o “bazuco” que llaman.

Un par de días que llovió mucho y no había posibilidad de secar la merca, se introdujo ésta en una olla y se puso al fuego en el fogón. Al calentarse la merca se convierte en un aceite, con una cuchara se le saca el agua que pueda desprenderse y antes de que se enfríe la merca se despedaza en terrones pequeños, pues al enfriarse ésta se pone tan dura como una piedra. Los chichipatos, aquellos compradores de la pasta base, engañados en varias ocasiones por vivos que escondían entre la merca puntillas, plomo, piedras etc., decidieron no recibir más la merca en forma de piedra.

Aunque después de tomar guarapo de un viejo galón de *Tordone* y de manipular H₂SO₄ envasado en un tarro de cloro, creía haberlo visto todo, no dejó de sorprenderme que la cuchara que usaron para sacar el agua de la merca Yení la lavó y metió entre los cubiertos, así como la olla donde se derritió la merca fue dejada como nueva, lista para preparar en ella aguadepanela. Ahorré mis reclamos para no ganar nuevos regaños...

Al tercer día de trabajo mi presencia ya no era tan ajena a los raspachines: ya me invitaban a jugar al zorro, al burro, veintiuna y cuanto juego de mesa se les ocurría antes de dormir. Logramos cierta confianza mutua; me preguntaron sobre la sociología y al no explicarme me recomendaron dedicarme mejor a quimiquiar en vez de estar leyendo y escribiendo cosas raras todos los días. No pude explicar tampoco que mi presencia allí de cierta forma era parte de mi práctica como sociólogo. Mi diario de campo, que muchas suspicacias y burlas levantó entre todos, fue abandonado al segundo día; era tal el cansancio de la jornada que no me quedaban ganas sino de jugar un zorro y acostarme en la hamaca para ser despertado al día siguiente por el frío, los gallos de Yení y el olor dulzón de la gasolina trabajada que se escapaba de las canecas que Carlos vaciaba para que yo guarapiara antes de que don Arcesio llegara.

A ratos me ponía a hablar con los raspachines. Tres de ellos eran hermanos,

dos se iban a Villavicencio a estudiar bachillerato y uno todavía no había terminado la escuela primaria. Tenían 12, 13 y 14 años. Con el trabajo de raspachines compraban sus cosas y ayudaban en algo en la casa. Ferleín y el otro trabajador eran “raspachines profesionales”. No pasaban de los 20 años, nacieron en el Caquetá y ahora están en La Macarena porque nunca les falta trabajo. “Puro llanero” se definía Ferleín, a pesar de vivir en la selva amazónica y nacer en el Caquetá. Ni él ni el otro raspachín tienen familia en La Macarena y me quedó la impresión de que vivían al día, ganando lo suficiente para sus gastos personales y sin preocuparse por tener una finca o una familia. Nunca han salido “afuera” y no conocen más tierras que las del Caquetá y La Macarena, ese es su mundo, ese es su país y la coca su único trabajo: “¿Es que si no es con esto de qué otra cosa vive uno?”.

El trabajo terminó esa semana. Hice nuevos amigos, terminé muy cansado y supe al ganarme \$100.000 que ese viejo mito del “dinero fácil” de la coca no es tan cierto. Don Arcesio le sacó apenas cuatro kilos a la raspa. Algo pasa con esa hoja que no produce lo suficiente. Un año después la familia de don Arcesio tuvo problemas con la guerrilla y la coca pasó a otros nuevos administradores. Don Arcesio apenas estaba sembrando coca en su finca y mientras no pudieron rasparla, cosa que se hizo un año después de sembrada, la familia vivió una situación económica no difícil, por el ganado que los mantiene, pero sí estrecha. En la vereda durante unos días me molestaron mucho con mi nuevo grado y estatus adquirido: “Vean que ahí llegó el sociólogo químico”.

SEGUNDA PARTE: EL CULTIVO DE COCA. POSICIONES Y SUPOSICIONES.

El proceso de obtención de la cocaína parece ser sencillo: en zonas cálidas del trópico suramericano se siembran diversas variedades de hoja de coca. La tradición milenaria de su siembra se debe a tribus indígenas que desde siempre la han considerado como una planta ritual y parte de su dieta alimenticia. “En Colombia el proceso de extracción del alcaloide contenido en las hojas de coca se empieza a conocer en la década del 60, cuando los jóvenes brigadistas norteamericanos de los cuerpos de paz, enseñan el procedimiento a los indí-

genas caucanos”⁶. Procedimiento que años después se multiplicó por muchas regiones del país, en buena medida gracias a la crisis estructural del agro y la permanente desatención estatal de zonas deprimidas, en especial las de frontera agrícola. La coca, sometida a varios procesos donde el primero de ellos es llevado a cabo por los campesinos luego pasa a mano de narcotraficantes que se encargan de procesar la pasta base en cocaína y luego distribuirla. La guerrilla le cobra impuesto a todos los insumos y a la pasta base, cobrándole este último a los intermediarios (chichipatos), quienes luego la llevarán a los laboratorios. En algunas regiones, como por ejemplo La Macarena, la guerrilla a fin de evitarse polémicas con los intermediarios cortó por lo sano y ha decidido servir de intermediario.

Las dificultades del transporte y la prohibición para consumirla hacen que su precio se haga exorbitante y que alrededor de ella se generen incontables redes de corrupción que permiten los canales de distribución y consumo. Eso sin entrar a detallar el fenómeno cultural del cual hace parte el consumo de sustancias estimulantes prohibidas.

¿Qué tan cierto es que el narcotráfico empieza en la producción, y que por lo tanto, acabando con ella se termina el negocio?⁷ La dinámica del mercado de cualquier producto radica en la demanda de los productos. La demanda es la fuerza motriz del mercado y la oferta el sustento. Quizá por ello el planteamiento deba ser distinto, pues sin negar que la producción es la primera etapa del proceso, por ser primera no es principal. Y más allá de una demanda internacional que está ávida de consumir cocaína, son múltiples y variadas las causas históricas que han llevado a masas de campesinos a cultivar coca con estos fines.

⁶Oscar ARCILA. “Sectores de actividad económica regional. Un intento de interpretación”. Citando a CHILD, 1984. (Sin referencia). En “La Macarena. Reserva biológica de la humanidad”. Mario AVELLANEDA Et. al. Universidad Nacional. Bogotá, 1989. Pag. 167.

⁷“La sustitución de cultivos, o más en general, el desarrollo alternativo, está ligado a dos convicciones, no necesariamente ciertas. Por una parte el origen del problema estaría en la oferta y por ello es necesario limitar la producción para acabar con la demanda... por otra parte los campesinos e indígenas no están necesariamente predispuestos a la actividad ilegal”. Andrés LÓPEZ Restrepo, “Costos del combate a la producción, comercialización y consumo de

¿Por qué enormes regiones del país han acogido de tal manera los “cultivos ilícitos”? No ha sido precisamente por el ansia de riqueza fácil y rápida de los campesinos que la producen, o por la presión de grupos armados que se lucran de ella. La formula, sin pretender ser reduccionista, es muy sencilla: en términos generales el campesino, que vive de lo que produce en su tierra, produce lo que le garantice el sustento; por tanto dependiendo de las regiones y características físicas, biológicas y de infraestructura de las mismas, se cultiva o produce aquello que sea pertinente y conveniente.

Por lo tanto, en regiones como La Macarena, donde las tierras no son fértiles, no existen políticas agrarias de fomento a la pequeña producción, investigación agrícola, la productividad no es de primera calidad y las vías de acceso son mínimas o paradójicamente inaccesibles; aquello que “da la base” y puede sostener una región es la producción campesina que cumpla las siguientes características:

- De producción posible y viable teniendo en cuenta la poca infraestructura, rudimentaria tecnificación y baja calidad de las tierras amazónicas.
- De demanda constante y con precios satisfactorios.
- De fácil transporte.

Es decir, en comparación con los productos agrícolas y pecuarios que en la región se producen, la coca es la única con posibilidades de ser comercializada. Dice don Gutiérrez, campesino llegado a La Macarena hace 11 años, al preguntarle si por otros medios, que no sea la coca, se puede sobrevivir:

“¿Pero cuáles serán esos otros medios? Pero es que mire: por lo menos qué saca uno con llevar un pocononón de yuca aquí a La Macarena, un poconón de maíz o un poconón de plátano si no se lo van a comprar. Ahí le queda pa’ que lo bota al río. ¿Usted con qué va a comprar sus recursos económicos pa’ traer pa’ cá? Lleva usted un kilo de mafia o unos poquitos gramos y se la compran rápido. Sale usted a vender una res y no se la compran. Lleva usted 20, 100, 200 ó 600 gramos y ahí sí se ve la plata. ¿Qué hace entonces uno si todo el mundo por lo mismo? Entonces nosotros ya no es de vivir de marranos, no es ya vivir del ganado, sino es vivir realmente de la coca”. (Entrevista a don Gutiérrez. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

¿Por qué un campesino toma la decisión de sembrar coca? El siguiente testimonio, de alguien llegado hace veinte años a la región, es un buen ejemplo para el caso de muchos otros o casi todos los que han llegado a La Macarena:

“Nosotros vivíamos por allá en Cundinamarca, para el lado de Girardot, pero por allá uno siempre pobre, uno por allá más llevado. Por allá trabajábamos pero en fincas arrendadas, o sea, rotábamos tierras para luego cultivar. Uno arrienda una tierra pa’ una cosecha o dos, y luego pues entrega. Luego cogía uno esa cosecha y las partía: el producido con el patrón y luego sembraba otra vez al partido. Pero finca propia no teníamos, nosotros mirando eso así y mi hermano que se vino por acá y vino y compró una tierrita, pues estando por allá sin tierra propia entonces nos vinimos para acá que era ya comprado.

“Allá vivíamos ni bien ni mal pero siempre consigue uno más fácil las cosas por allá que por aquí. Uno con tantos años y no se ha hecho nada por aquí. Y por allá conseguía uno de todas formas trabajo. Por aquí siembra usted, una partida con alguien y no le da la base, comenzando que no hay a quién venderle lo que salga. ¿Qué saca uno con sembrar maíz? La otra vez sembramos como 8 hectáreas de maíz y cogimos como 110 bultos y ese maíz a lo último... la mayoría de maíz se vendió muy barato y por ahí por bultos porque comercio no hay, pa’ uno llegar a decir: ‘tengo tantas cargas’, no hay a quien venderse. No le da la base. Siembre usted maíz con un trabajador y no hay como venderlo, ¿cómo le paga usted al trabajador? La única forma sería vender un lote completo, o sea varias cargas. Pero pa’ sembrarlo, pa’ hacer remesa, pagarle a los trabajadores, ¿de dónde va uno a sacar? No le da la base.

“Por eso creo yo el problema de la coca, ¿no será? La coca es mas fácil porque pa’ sacar usted maíz tiene que pagar transporte y con la coca usted tiene gastos pero tiene a quién venderle. Ha tenido más comercio en esta zona la coca que el maíz, o los marranos, la yuca o el plátano. Eso sí se vende pero muy poco, no es como ahorita que va uno a decir que va a vivir con un capital de yuca, de plátano o de maíz. Lleva uno, dos o tres cerdos al pueblo y después de que los tenga allá tiene es que fiarlos, porque cómo va a decir uno que los va a devolver a la finca pa’ volver a pagar transporte, pues no le da la base; tiene uno es que dejarlos pa’ que se los paguen en uno, dos o tres meses mientras le dan a uno la plata”. (Entrevista a “Sacoé plomo”. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

La coca se presenta como un “mal necesario” para muchos campesinos. Para sobrevivir deben recurrir a ella. Muchas voces se oponen, no solo fuera de la

región (por medio de la conocida persecución oficial sino también a través de la propaganda en prensa, televisión y radio⁸) sino también allí mismo. Doña Leonor, campesina de La Macarena, que tuvo coca en los 80 ve la realidad de otra manera:

“Lo que pasa es que la gente se acostumbra a la coca y yo veo que ellos se sienten incapaces de vivir sin esas matas. Yo sí no, le dije a mi marido que no fregara más con esas matas. Si primero vivíamos sin esas matas cómo no vamos a poder vivir ahora. Este año tenía ganas de sembrar pero ya se quedaron en antojos otra vez. Eso de que la gente solo siembra coca porque no hay nada más de que vivir es pura mentira, cómo nosotros estamos sin coca y aquí tengo a la china estudiando otra vez. Nosotros vivimos del ganado, las gallinas, los marranos... si uno se atiene sólo a la coca nunca tiene un animal de nada, mire que para ir afuera vendimos como diez reses, entonces sí se puede vivir bien de una cosa que no fuera coca. Si uno vive sólo de la coca no tiene nada más”. (Entrevista a doña Leonor. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

En este caso Doña Leonor no toma en cuenta, en términos gruesos e incomprensibles para el ciudadano común, la configuración de la economía regional, que tiene la coca como su principal actividad, fuente de empleo y de “divisas”. Por su proceso, la coca constituye en estos municipios una industria “pues tanto la demanda de bienes y servicios como la migración se justifica únicamente a partir de los ingresos que genera la coca”⁹. En Macarena la relación de campesinos con coca y campesinos sin coca, a mano alzada y a partir de las observaciones realizadas, es de 10 a 2. Y aquellos campesinos que viven sin coca, orgullosos porque no tienen que meterse “con esa vaina” se sostienen gracias a que son los únicos que producen comida para el casco

⁸Narra un locutor: “En estos momentos nuestros hijos tienen miles de hectáreas y selvas menos donde jugar, cientos de especies animales y vegetales menos que conocer y disfrutar. Y cientos de ríos menos donde nadar. Por eso entre más cultivos ilícitos se siembren, menos es el espacio de nuestros hijos para vivir. Plan Nacional de Lucha Contra la Droga”.

“Contrario a lo que muchos piensan los cultivos ilícitos le han dejado mucho al país... Le han dejado millones de hectáreas menos de bosque y cientos de ríos secos o contaminados. Como ven, los cultivos ilícitos han dejado mucho al país, y si no actuamos, en el futuro va a ser mucho más. Plan Nacional de Lucha Contra la droga”.

Las anteriores citas comprenden un análisis más profundo de las representaciones que desde la institucionalidad se tiene respecto a los cultivos ilícitos, realizado por Daniel Ruiz en su Monografía “Representación y Falacia”. Antropología, Universidad Nacional de Colombia. 2002.

⁹Sergio URIBE RAMÍREZ, “Los cultivos ilícitos en Colombia”. En “Drogas ilícitas en Colombia”. Ministerio de Justicia y del Derecho. Dirección Nacional de Lucha Contra la Droga. P.N.U.D. Editorial ARIEL. Bogotá, 1997.

urbano, porque si todos lo hicieran nadie viviría “límpiamente”¹⁰. De otro lado también es cierto que no a todo el mundo le va bien con la coca: es un cultivo muy azaroso que no solo depende del buen precio, sino también del clima, las enfermedades, de la disposición de los trabajadores, de la inversión que hace el campesino, etc. Contaba Sacoe´plomo:

“Por eso es que hay gente que con la coca no comulga, como es el caso de don Antonio que dice que con la coca no jode porque hay gente que la trabaja y ve que eso no le deja nada. Por eso trabajan con el ganado porque es más fácil vender un novillo o unas dos vacas. Qué se va uno a joder con una raspa que no sirve porque se le cayó la hoja. Porque si tiene uno cómo, pues entonces trabaja con otra cosa. Por ejemplo arriba, en una vereda del Río Lozada, ya no molestan con coca, porque saben que no les va a dar la base; y si no les da la base pues joden con piñas, con alguna vaina porque allá ven que es mejor sembrar una cantidad de piñas, tener unos novillos, sembrar unos aguacates o con pepas así, para no tener que meterle química, no tener que meterle laboratorios, no tener que meterle nada de esas cosas para sacarlas”. (Entrevista a “Sacodeplomo”. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

Aunque el segundo renglón de la economía es el ganado, dato y cosa curiosa, a finales de 1999 por problemas entre los “chichipatos” y la guerrilla hubo una veda para la compra de coca. Fueron algo así como cuatro meses donde no se vendió un solo gramo. La situación fue muy difícil y se creyó, entonces, que el ganado sería la alternativa. Pero, sin existir una veda sobre las vacas, nadie compraba ganado... esto lleva a pensar que el negocio del ganado en esta región depende, de una u otra forma, del negocio de la coca.

LAS MATEMÁTICAS DE LA COCA: ENTRE LOS NÚMEROS “REALES”, “IMAGINARIOS” Y “RACIONALES”

El negocio de la coca tiene varios niveles y modalidades entre los campesinos. Niveles refiriéndome a la cantidad que se tiene sembrada, que oscila entre media hectárea y diez hectáreas, y modalidades respecto a si es una

¹⁰Explica Óscar ARCILA al respecto: “En la medida que la narcoproducción es la base económica regional, nada ni nadie escapa a su influencia. Es un juego de suma cero en el que lo que alguien pierde, otro gana, y del que es imposible sustraerse de participar”. En Óscar ARCILA Op. cit. Pag. 165.

producción propia, “administrada”, “en socia”, en tierras arrendadas o de tipo “industrial”. El promedio de hectáreas cultivadas aumenta paulatinamente dada las características de la producción: “Los cultivos de coca deben catalogarse en dos grandes grupos de acuerdo con sus rendimientos y las tecnologías aplicadas a la extensión del alcaloide. En primera instancia se encuentran los cultivos comerciales... Y de otro lado donde la coca constituye parte de la canasta de productores campesinos”.¹¹ El credo común, oficial y académico, es que hasta dos hectáreas, máximo tres, corresponden a producciones familiares. Más de esta cantidad implica una producción comercial o industrial.

Las disímiles cifras para cuantificar el tamaño y extensión de los cultivos de coca y amapola daban cuenta, para los departamentos de Caquetá, Guaviare, Meta y Putumayo en 1997, alrededor de “55.800 y 68.935 h. de coca, de las cuales entre el 60% y 55% reúnen características comerciales... Son el 48% de las plantaciones del país”.¹² Los cultivos de índole “familiar”, es decir, de menos de dos hectáreas, están “en todas las regiones del país y están constituidos por cultivos cuyas extensiones varían desde 2000 matas hasta 3 h”.¹³

Todos estos datos, confusos como ellos solos y actualizados periódicamente¹⁴ hacen parte de una metafísica cuantitativa que opera más por el sentido común del investigador y la presunción de buena fe que se le endilga y el grado de ingenuidad que se le sospecha, pues como bien lo excusa el autor del cual tomo cita, para sus datos y todos aquellos que sobre cultivos ilícitos existen “las autoridades colombianas no disponen de los recursos ni de la tecnología para mantener estadísticas permanentes sobre los cultivos ilícitos en general y de coca en particular, esto obliga a especular sobre la proporción de plan-

¹¹Sergio URIBE RAMÍREZ, Op. cit.

¹²Ídem.

¹³Ídem.

¹⁴Las últimas cifras, al momento de preparar este artículo, y según el reciente informe de la OFICINA CONTRA LA DROGA Y EL DELITO DE NACIONES UNIDAS, UNODC, para el 2004, el cultivo de coca en Colombia se redujo en 7%, de 6.000 hectáreas a 80.000 (pese a haberse fumigado 139.000 hectáreas). En los últimos cuatro años, el cultivo de coca ha decrecido en un 51%. Sin embargo, el total de cultivos en la región Andina se ha mantenido relativamente estable en los últimos 10 años, oscilando entre 150.000 y 200.000 hectáreas. En el 2004 subió en un 3%, a 158.000. http://www.unodc.org/pdf/andean/Part3_Colombia.pdf

taciones sembradas”¹⁵ para cada especie y variedad de matas y a proyectar la cantidad de hectáreas que caen bajo cada una de las categorías que se han establecido: comerciales o campesinas. “No es fácil conocer con exactitud la extensión real de tales cultivos. Según cultivadores investigadores y testigos calificados, las cifras oficiales acerca de las hectáreas cultivadas son objeto de manipulación política en todos los países andinos y en el exterior”.¹⁶ La cuantificación depende, entonces, del criterio de politización que se le endilgue a una cifra “deseada” de hectáreas.

Así han hecho carrera en nuestro país las discusiones bizantinas entre la Dirección de Antinarcóticos de la Policía Nacional y el Departamento de Estado de los EE.UU., pues cuando ellos presentan sus estadísticas sobre la cantidad de cultivos ilícitos, dichas cifras sobrepasan ampliamente las presentadas por el Estado colombiano cada vez que éste concluye una “exitosa etapa de erradicación”. Cada cual, situándose sobre supuestos infalibles, y según sus intereses, muestran disímiles resultados. “Las cifras de las autoridades de los EE.UU. no tienen justificación alguna ni una explicación metodológica de cómo se derivan, y que para efectos del presente estudio aceptarlas constituye un acto de fe, pues no se disponen de estudios que las ratifiquen o nieguen”.¹⁷

Llama la atención que a pesar de que a mediados de los noventa se reconocían, en las cifras oficiales, 60.000 hectáreas de coca, y se inician para entonces las políticas de erradicación, fumigación y trabajo ideológico de desacreditación y satanización del campesinado “coquero”¹⁸, cuatro años después las cifras de coca, con fumigaciones y todo, parecen triplicarse y las ofensivas fumigadoras incrementarse. Las cifras que usa Miriam Jimeno dan cuenta, para 1998, de “25.000 hectáreas en coca y 20.000 en amapola, con una probable

¹⁵Sergio URIBE RAMÍREZ, Op. cit.

¹⁶Luis A. RESTREPO y Alejandro REYES. “Relatoría del primer taller internacional de cultivos ilícitos” En: Análisis Político, No. 25. Mayo de 1995. IEPRI, Bogotá.

¹⁷Sergio URIBE RAMÍREZ, Op. cit.

¹⁸“Los más grandes depredadores de la naturaleza colombiana son, precisamente, los cultivadores de coca y amapola. Por eso no deja de resultar paradójico que aquellos que pretenden impedir con argumentos ecologistas la fumigación con glifosato estén, simultáneamente, favoreciendo la destrucción a grandes pedazos de las reservas ecológicas del país”. Página editorial del periódico El Tiempo, Bogotá, enero de 1995.

generación de empleo directo para unas 45.000 personas”¹⁹. Año 2001: los estimativos hablan de algo más de 180.000 hectáreas (como anoté en una cita anterior, año 2005: entre 150 y 200 mil hectáreas), las políticas de erradicación no muestran ningún cambio (ni resultado) y la política oficial de descalificación continúa²⁰. El Estado parece no entender nada. “El hecho de que las siembras de coca, amapola y marihuana sean ilegales y el Estado no pueda, por obvias razones jurídicas, prescindir de su compromiso de erradicación, no quiere decir que el mismo Estado pueda exceptuar las razones económicas y sociales que han hecho posible la presencia del fenómeno, las mismas que deben estar presentes en las políticas erradicadoras del gobierno”²¹.

Así que hasta este momento nos paramos sobre tres exabruptos: primero, los datos oficiales e internacionales acerca de la cantidad y magnitud de cultivos de coca; segundo, la propaganda oficial de desacreditación de las condiciones sociales del campesinado cocalero; y tercero, creer que hasta dos hectáreas de coca, máximo tres, por campesino es una producción familiar y más que eso es una producción comercial. No es así y no es una ecuación tan fácil. Don Arcesio, con la administración de una coquera de cuatro hectáreas apenas sacaba ganancia. El siguiente caso citado de una conversación que tuvimos con un campesino de la región es muy característico: tener poquita coca no da la base. Menos de una hectárea deja pérdidas y solo cuando se siembran más de tres es que se ven, relativamente, ganancias:

¹⁹Miriam JIMENO, “Movimientos campesinos y cultivos ilícitos. De plantas de los dioses a yerbas malditas”. En: “La crisis sociopolítica colombiana: un análisis no coyuntural de la coyuntura”, Luz G. Arango, editora. CES, Bogotá, 1998. Pag. 344.

²⁰El viernes 1 de Julio de 2002 el boletín de noticias de las 7:00 p.m. de Caracol Radio informando, citando fuentes de la Dirección Nacional de Lucha Contra las Drogas, que “los narcotraficantes han destruido 200.000 hectáreas de bosques para sembrar coca”. Mes y medio después el periódico El Tiempo, el 16 de agosto de 2002, en primera página anuncia la difusión de un informe de la ONU sobre los cultivos ilícitos en Colombia donde, citando dicho informe, se dice que “Colombia ha reducido en un 11% los cultivos de coca después de muchos años de crecimiento: de 163 mil a 144 mil hectáreas”. De igual forma el periódico destaca un apartado del informe donde, reconociendo los esfuerzos del país contra el narcotráfico, se dice que “estos deben ser registrados y reconocidos porque hay erradicación forzosa y voluntaria así como desarrollo alternativo”. (Subrayado mío).

²¹William RAMÍREZ. “Un campesinado ilícito?” En: Análisis Político, No 29, septiembre de 1996. Iepri, Bogotá. Pag. 59.

“A la hora de la verdad, propiamente decir que la coca: tengo unas maticas poquiticas, unas semillas muy poquiticas. Como para medio sobrevivir porque esa vaina le da a usted plata pero también gasta y a uno de pobre no le da harta. Porque uno siembra por ahí dos maticas y si se arma pa’ lo de la gasolina no se arma con qué le ayude a coger la gente. La sembré hace poquito y le he hecho sólo tres raspas. Pero eso no da la base. A mí no. Póngale usted cuidado como le dije ahorita: sacar al 15²² eso no es sacar nada, de 5 arrobas sacar uno una poquedad de eso no sirve. Yo le metí como \$250.000 y le cogí \$500.000, de eso le sale quedando como \$100.000²³ y eso sin hacer cuentas de los trabajos de uno pues sino no le queda nada. Es lo bueno ir cateando con todo, ir mirando con todo menos con no robar ni matar. Toca catearle a todo a ver qué sirve y qué no sirve”. (Entrevista a don Gutiérrez. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

Vicente es un joven campesino que junto a su señora mantienen cuatro hijos con el trabajo que le mete a la finca. Ellos no tienen coca en cantidad por las plagas que les han caído y ven en ello un problema pues apenas les da para vivir:

“Yo aquí vivo pues de las maticas de coca y de las gallinitas, por ahí ayudan harto. Aquí teníamos hartas gallinas sino que ya hemos vendido. Nosotros levantamos las camadas y entonces cuando ya hay hartas las vendemos y vuelta y comenzamos otra vez. Tengo poquitica coca, yo no tengo sino una hectárea, apenas tengo las semillas. Yo el año pasado iba a sembrar una hectárea. Alcancé como a sembrar media pero esa me la mató casi toda la enfermedad esa. No quedaron sino unas maticas poquiticas. Este año pienso sembrar una hectárea a ver si se puede. La coca da la base pero en harta cantidad, en poquita le da a uno apenas por ahí para los gastos. Pero pa’ hacer capital: en harta cantidad sí da”. (Entrevista a don Vicente. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

En Macarena, como dije antes, el promedio de coca por familia aumenta porque así lo exigen las condiciones de producción. Al incrementarse el precio de los insumos para cubrir esta alza se necesita aumentar la producción y ganar

²²La relación numérica hace referencia a la cantidad de gramos de pasta base que se logra por arroba de hoja de coca raspada. La relación óptima es al 20, pues esta garantiza un kilo de pasta base por hectárea de coca sembrada, pues en promedio una hectárea produce 50 arrobas de hoja de coca.

²³Para la época US\$ 1 rondaba los \$2100.

lo suficiente para poder comprarlos:

“Por ejemplo lo de la gasolina y todas esas cuestiones eso ha subido pero ha sido por lo de la coca. Claro, porque cómo va a comparar que un bulto de cemento valdrá afuera unos \$12.000 pesos, y aquí está costando \$30.000 y no es que valga eso, pero usted dice que es para construir una casa y de todas formas le van a cobrar caro. Por eso es que la coca no favorece al pobre, es como por ejemplo el caso mío, esperar que esas cuatro matas que ustedes han mirado ahí y que aquí sirven es como para subsistir y como para no tener nada que hacer ahí, pero yo tuviera unas cinco hectáreas pues ahí si no digo nada; pero con esas tres matas que yo tengo yo no he vuelto a coger eso, por eso yo no cuento con esas tres matas pa’ decir que con eso yo estoy viviendo, porque si uno consigue pa’ una cosa no consigue la otra. Porque pa’ una ir a coger la coca tiene que tener lo de la gasolina, que el cemento, que los ácidos, que el que la va a venir a coger, que el que la va a venir a picar... todo eso son inversiones y eso no compensa lo que uno va sacando”. (Entrevista a Sacoé plomo. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

“La plata se ve y plata se hace cuando la producción es más de ocho hectáreas”, me explicaba un día don Arcesio. Sembrar, mantener y costear cada hectárea de coca es costoso y dispendioso. Semestralmente se incrementan los costos de los insumos. El papel de la guerrilla consiste en controlar que el precio no baje de un mínimo establecido, que aunque determinado por la ley universal de oferta y demanda, respeta unos cánones mínimos en la producción y comercialización.

Así por ejemplo, la guerrilla no permite que un campesino siembre más de cuatro hectáreas de coca. La guerrilla mira con sospecha aquellas producciones que superan las diez hectáreas. Contraviniendo todas las leyes del mercado capitalista, teniendo en cuenta la restricción de trabajadores dado por el control que la guerrilla ejerce sobre la movilidad de la población, restringiendo el ingreso de gente desconocida o sin referencias de nadie, se han implantado precios máximos para la cogida de la hoja y los jornales. La Macarena es una de las pocas economías regionales del mundo donde no existe el, según lo explicaba Marx, “ejército industrial de reserva”. De cierta forma esto es un problema, porque la baja densidad de trabajadores hace más difíciles conse-

guirlos y se presenta, entonces, un alza para los jornales y pagó por arroba de hoja cogida. Por eso el control al precio máximo, para evitar la competencia desleal entre los que tienen harta coca y los que tienen poquita. De todas maneras los raspachines prefieren trabajar en tajos grandes que les asegure un buen número de matas para raspar:

“Uno con coca cuánto no brega; en esta zona no paga bregar con esas matas, porque no hay nadie con quién cogerlas y si usted tiene un cultivo y si está algo malo o tiene poquitas matas tiene es que cogerlo con la mujer o los hijos porque los poquitos cogedores que hay se van por allá donde hay un corte bueno, grandes, o allá donde hay cogidas de dos o tres meses. Pero donde es así poquito a uno no le ayudan. Si uno no va a tener harta y buena es mejor no tener nada. A nosotros aquí nos ha tocado con la mujer coger esas matas porque, ¿quién va a venir a uno a ayudarlo? Ahorita los trabajadores molestan más, porque cuando vieron que se dañó mucha coca con el cuento ese de la enfermedad la gente ya no se conseguía un trabajador en estas veredas donde hay poquita coca. Todos arrancaban es pa’ la vereda “Tres Esquinas”, como allá sí hay harta coca, como hay cultivos grandes y buenos. Como uno tiene poquito la gente entonces no le ayuda. Por eso la coca da pero al que tenga hartó”.

(Entrevista con Sacoe’polmo. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

Por lo tanto, teniendo en cuenta todas estas razones, si en las políticas de erradicación se siguen considerando extensiones de coca “comerciales” aquellas que superan las tres hectáreas para legitimar la fumigación indiscriminada, dichas fumigaciones y políticas represivas del Estado seguirán afectando a un número incalculable de campesinos, que como en Macarena, sobreviven con un promedio de cinco a seis hectáreas de coca. Esto teniendo en cuenta un “idílico” panorama de fumigación que se limite al mínimo de hectáreas establecidas; pero el problema va más allá: ya ni siquiera hay mínimos que valgan a la hora de fumigar²⁴. Todos los campesinos que entrevistamos fueron fumigados (garrote) desde el 2003, sin que importara si sus predios estaban en zonas de reserva natural y sin que antes mediara primero la promesa oficial de concertación, erradicación manual y planes de sustitución con el plante (zanahoria).

²⁴Véase una recopilación de denuncias en el artículo de Nelly MANDIVELSO “Putumayo. Volvió a retoñar la coca”. En UN PERIÓDICO, NO 37. Bogotá, agosto 18 de 2002. Pag. 18.

“Ni programa de familias guardabosques, ni zanahoria ni nada, avioneta y bala es lo que nos dan”, me comentó un campesino en diciembre de 2004.

APUNTES PARA UNA SOCIOLOGÍA DEL “CAMPESINADO ILÍCITO” ²⁵

La teoría clásica del campesinado sostiene que la alienación de éste se da en función de su receptividad a la maquinaria agrícola que tecnifica el campo y lo vuelve una industria capitalista donde su racionalidad, de autoconsumo, trabajo familiar no remunerado, poca contratación foránea y nula venta de su fuerza de trabajo, evoluciona a formas más avanzadas y menos arcaicas de producción efectiva y masiva. Es decir, la máquina como forma de la alienación. Muchos campesinos que recurren al cultivo de la coca, como ya se explicaba, por necesidad convierten ésta en convicción, porque, como apuntaba, es lo único que “da la base”. Pero el negocio de la coca, como toda bonanza, no podrá ser eterno. Pero dará para largo rato. Así que, infortunadamente, se abandona con cierta periodicidad la improductiva siembra de alimentos por la lucrativa producción de coca.

La coca ha implicado la adopción de un producto capitalista, en un mercado capitalista, pero bajo la forma campesina de producción familiar. Es decir, y aquí es donde se “hibridan” ambas características, a la forma semi extractiva de producción se le impone la racionalidad campesina. El “tajo” de coca es administrado por la familia. Todos sus miembros trabajan en ella y en caso de necesidad, generalmente para la raspa, se contrata mano de obra externa. Los miembros de la familia no cuantifican su trabajo y su tiempo, y ello no corre como un gasto o una inversión. Esto es sintomático de muchos estudios acerca de la coca que, sin entender por qué el campesino se somete a algo que no le genera ganancia, la presentan como una actividad destinada al fracaso por su “insostenibilidad”. La coca representa la mayoría del tiempo invertido por la familia y sobre ella centran todas sus actividades, descuidando, en ocasiones, la producción de alimentos para el autoconsumo. Pero en este caso,

²⁵Parafraseando el título del artículo de William RAMÍREZ “¿Un campesinado ilícito?” en Análisis Político, No. 29, septiembre de 1996. Iepri, Bogotá.

como en la canción popular cubana de la revolución, “se acabó la diversión, llegó el comandante y mandó a parar”: la guerrilla desde hace años ordenó sembrar comida en cantidades proporcionales a la coca:

“En ese tiempo la gente sembraba coca y sembraba comida. Ya después fue que la gente se descaró mucho, por ejemplo en el tiempo en que nosotros tuvimos coca nunca dejamos de sembrar la comida. Eso es como una esclavitud que mantiene uno, todo el tiempo ahí entre esas matas”. (Entrevista con doña Leonor. Daniel Ruiz y Nicolás Espinosa, 2001).

La coca es un fenómeno productivo muy particular: por un lado es una forma semi extractiva de producción, pues combina muy bien el tipo de trabajo “agrícola” que requiere con las bonanzas periódicas que hacen oscilar el precio de la coca. Y por otro lado, rompe con aquella imagen clásica de alienación campesina. Pues ya no es la máquina la forma de la alienación sino es la coca: un cultivo con fines capitalistas, auspiciado, motivado, prohibido, perseguido y sostenido por el mundo capitalista. Así la coca se convierte en una actividad típica campesina, pues en producciones pequeñas implica la “campesinización” para quien no lo era. Es decir, si durante las viejas etapas de la colonización no todos los colonos eran campesinos y, posteriormente, entre los nuevos pobladores no todos eran campesinos, hoy en día todos son campesinos, pues trabajar con el cultivo de la coca implica quedarse junto a las matas, abonar la tierra, fumigar, raspar, procesar, etc. Es decir, dedicarle tiempo y no contar con su fuerza de trabajo como inversión. Éste y los factores mencionados hacen de la coca una producción destinada a las subsistencia antes que a la generación de excedentes.

La cultura campesina de regiones de colonización que, como La Macarena, presentan fenómenos tan singulares de poblamiento y producción han establecido unos patrones culturales de muy diversa índole. Mucho se ha hablado acerca de la “exportación” de la forma de producción andina a regiones amazónicas y cómo la cultura se adapta al medio. En Macarena las oleadas colonizadoras fueron llegando desde 1953 en forma ininterrumpida hasta hoy. El contexto actual de poblamiento no está en manos de “colonos” tal y como

se les conoce, sino por los hijos de los colonos que llegaron a La Macarena constituyendo una nueva cultura regional que, reproduciendo patrones antiguos, ha sabido configurar una “identidad”. Identidad que de una u otra forma está marcada por el medio, el conflicto armado, la guerrilla, las formas de producción, la racionalidad campesina y la coca.

Estudios culturales acerca del campesinado y la coca se han quedado en los factores demográficos, de estratificación y en la “subcultura” del ilícito: consumos desmesurados, nuevos ideales de progreso, etc. Aquellos estudios que he leído no han dado cuenta acerca de la constante contradicción que en muchos campesinos, no colonos, se ve: en la oposición entre su calidad y cualidad de campesinos y una producción que no sienten propia, bien sea porque conserva un carácter de ilegal y problemática, y/o porque lo que se siembra y se produce no es comida, y el excedente que deja no lo da en especie sino a partir de lo que se vendió. El colono se transformó en campesino y quienes ahora habitan y pueblan La Macarena ya no son colonos: son campesinos. ¿Qué clase y tipo de campesinos?

El raspachín es la figura más representativa del mundo de la coca. A partir de las marchas cocaleras de 1996 los dirigentes cocaleros ofrecieron una estratificación y visión de cómo se consideraban ellos, que más o menos es la siguiente: los raspachines son un grupo heterogéneo compuesto por tres clases más o menos diferenciadas. A la primera pertenecen aquellas personas con tradición campesina que por distintas razones (procesos de pauperización, descomposición campesina, etc.) terminan raspando hoja, pero que mantienen, no obstante, su vocación agrícola y su voluntad de permanecer en el campo; a la segunda pertenecen los jornaleros agrícolas, antiguos trabajadores rurales o cosecheros de otras áreas agrícolas del territorio nacional como recolectores de café, cosechas de algodón, etc., quienes aspiran asentarse en la zona, bien como jornaleros o asalariados o como campesinos. A la tercera pertenecen aquellos raspachines itinerantes o andariegos, como así mismos se llamaron, para quienes la búsqueda de fortuna y de enriquecimiento rápido los llevó lejos de sus sitios de origen urbano o rural, pero que aspiran a retor-

nar a su tierra con algún beneficio económico²⁶.

Durante el trabajo de campo si bien quedó claro que la coca es un cultivo adoptado para asegurar la subsistencia, no es el tipo de producción ideal para muchos campesinos. Si, dadas las condiciones, hubiera otros productos sostenibles estos serían la alternativa: “Si en Macarena se diera el maíz seríamos maiceros, no coqueros,”²⁷ decía un campesino. Además porque la tensión entre el vivir “límpiamente” o “con coca” se ha incrustado en la conciencia de estos campesinos quienes, a pesar de tener la coca al lado de la yuca o el plátano, saben que “no es buena” y la convicción para tener el cultivo nace, pues, de la necesidad.

EL ESTADO: ACTOR PRESENTE, ACTOR AUSENTE...

“La estructura de la producción de coca permite prever que los impactos de la erradicación serán muy diferentes en las distintas regiones y afectarán preferencialmente a los pequeños cultivadores, quienes no tienen capacidad de resistir ni de sobornar a las autoridades”²⁸. Además es sobre ellos donde vuelan las avionetas que destruyen todo lo que encuentran a su paso. Una doble crisis que afecta a muchos campesinos que, con la necesidad de sobrevivir, se la juegan toda por un cultivo de coca, para luego verse fumigados, y en ocasiones, desplazados. “Siete meses después de la puesta en marcha, a fines de mayo de 1995, del Plan de Desarrollo Alternativo (P.D.A.) y de su programa de sustitución de cultivos ilícitos, Plante, varios líderes campesinos coincidían en que si el Plante era la zanahoria y la fumigación química el garrote, los colonos solo habían recibido este último”²⁹. O el garrote en forma de zanahoria: el Plante sostiene una serie de cobros jurídicos a campesinos que en La Macarena no han podido pagar los préstamos hechos, después de arrancar las matas de coca, para sembrar caña de azúcar, pues sin infraestructura para

²⁶Véase: José Jairo GONZÁLES. “Tras la cortina de la Coca”. En “La crisis Sociopolítica, un análisis no coyuntural de la coyuntura”. Luz Gabriela ARANGO, Editora. CES. Bogotá, 1998.

²⁷Alexandra TREJOS Op. cit. Pag. 87.

²⁸Alejandro REYES Op. cit. Pag. 72.

²⁹Ídem.

procesarla, ni mucho menos para sacarla y comercialarla, ella no ha generado ningún beneficio. Endeudados arrancaron la caña y sembraron coca de nuevo.

A pesar de la existencia del Plante, sobre el problema de la coca la única política de Estado, que no siendo efectiva, sigue aplicándose con todo rigor ha sido la respuesta militar al conflicto social. Por ejemplo, el detonante que condujo a la desesperación social de 1996 fue “la operación ‘conquista’, desencadenada el 15 de mayo de ese año por el conjunto de las Fuerzas Armadas (Policía, Ejército, Fuerza Aérea Colombiana y Armada Nacional) y que tomó como eje central de sus actividades las poblaciones de San José del Guaviare y Miraflores en el Departamento del Guaviare, para pasar poco después al Departamento del Caquetá”.³⁰

Un año después de lanzado el Plan de Desarrollo Alternativo se presentó la movilización campesina más grande que ha visto el sur del país. Esta se dio porque a pesar de las “buenas” intenciones el Estado, las fumigaciones, persecuciones y falta de alternativas hicieron que cerca de 200.000 campesinos se alzaran y protestaran contra el Estado. La lógica del conflicto que ha manejado el Estado colombiano ha visto a los movimientos sociales como enemigos del Estado, la institucionalidad y el orden, por lo tanto estos merecen ser contenidos por la fuerza pública. Aunque eran, y son, campesinos coccaleros, no eran grupos guerrilleros, bandas armadas, grupos criminales o simples hampones; la represión desmedida los tomó por lo que no son y los equiparó a una banda criminal.

Finalmente se llegaron a unos acuerdos que, no es de extrañar, fueron incumplidos. Y del año 96 al 2005, a pesar de las optimistas cifras oficiales que por fin demuestran el “éxito” en las fumigaciones, la coca se ha triplicado desde entonces. ¿Cómo explicarlo? En buena medida por la agudización de la crisis agraria (el eje cafetero es hoy día la región donde más crecen los cultivos de coca) y en parte por motivos propios de la idiosincrasia campesina, pues muchos siembran coca, bien sea para valorizar sus tierras y poder venderlas a un

³⁰Ídem.

buen precio, por un sentimiento de extrañamiento: “si todos lo hacen por qué yo no”, o por otro motivo, bastante propio del optimismo institucional y carácter reformista del campesinado colombiano: si el Estado entrase a ayudar una región cocalera sólo apoyaría a aquellos que tuvieran qué sustituir; entonces quienes no tuvieran coca no entrarían en ese juego, así, en La Macarena, campesinos que no viven de la coca han sembrado pequeñas parcelas para “acogerse a lo que dará el Gobierno”, dicen. La fumigación, valga aclarar, termina por desentusiasmar a los incautos pero sin más alternativas a la vista, la coca no desaparece del panorama; con o sin fumigación.

Coca, conflicto armado y problemas sociales parecen ser una tríada indisoluble. Sin entrar a analizarla en profundidad, puede decirse con certeza que tanto la erradicación de la coca como la solución a los profundos problemas sociales del país dependen de un proceso de paz con la insurgencia. Durante parte del trabajo de campo pude establecer que para los campesinos de La Macarena los únicos que pueden acabar con la coca son las FARC, pues son ellos los que en últimas tienen la potestad en estas regiones, tanto para dejar que la gente siembre, regular la producción y comercialización como para decidir que se termina. Claro, saben que mientras no haya otra cosa que no funcione para dar “formas de vida” la guerilla cumplirá su (cómodo) papel al dejar sembrar coca y el Estado colombiano el suyo: perseguir a los campesinos que la siembran. Los programas de sustitución siguen a la espera...

Ahora bien, si usted fuese un campesino y una jornada de fumigación indiscriminada afecta sus cultivos de pancoger, el ganado, sus hijos, acuciosas propagandas de radio le orientan a que eleve una denuncia ante la oficina de la Lucha Nacional Contra las Drogas, o PLANTE, más cercana a su domicilio, presentando, eso sí, la escritura de propiedad de su predio formalmente reconocida por la autoridad competente. La Dirección Nacional de Lucha Contra las Drogas parece desconocer que la inmensa mayoría de predios de la amazonía colombiana no cuenta con escrituras legalmente reconocidas o se encuentran en zonas de reserva (como es el caso para el 50% de La Macarena) donde es imposible conseguir un título de propiedad.

Una agricultura “ilícita” y un “campesinado ilícito”, parafraseando nuevamente a Ramírez, son los calificativos que explican la concepción estatal del problema: a los delincuentes se les da tratamiento de delincuentes. Mientras la guerrilla sin hacer mucho logra bastante, porque sin hacer gran cosa recoge la inconformidad campesina en escuetos comunicados, absorbe los intereses de una gran parte de la población amazónica como bandera de lucha, y sigue creciendo exponencialmente en hombres y armas. ¿Será que alguien se preguntará de donde salen tanto sus hombres? ¿De dónde recogen tanta inconformidad?

No queda más que esperar, y esperar pacientemente que algún día las instituciones del Estado y sus funcionarios logren entender de qué se trata el conflicto de los campesinos coccaleros, el fenómeno de la coca. Ojalá se comprenda que los campesinos, dispuestos a sustituir un cultivo que les es ajeno en esencia, no piden más que su inclusión política y económica al Estado colombiano. Una vieja bandera reformista que sería bueno tener en cuenta, que no es nueva, pues desde los años 30 el movimiento campesino colombiano ha insistido en ello.

“El tajo se puso complicado” me decía don Arcesio una tarde que visitando los destrozos que, dejaron las fumigaciones del 2003, me hablaba del futuro de su familia y de los campesinos de La Macarena.